

**LINEA N° 37: Mapocho-Lo Vial.**— Primeramente partían desde Mapocho, posteriormente de Alameda-Serrano, seguía por San Diego al Sur, pasaba el Zanjón de la Aguada, continuaba por el medio de la Gran Avenida donde había doble vía en ambos sentidos, llegaba hasta el Paradero N° 9: Lo Vial, regresaba por el mismo camino, doblaba en Franklin al Poniente, Nataniel, Alameda, a su punto inicial. El público que ocupaba estos carros eléctricos que se salían del trazado urbano de la Capital, la mayoría al principio eran medieros, agricultores, chacareros, etc.

**LINEA N° 38: Mapocho-Ovalle.**— Partía del mismo punto del anterior y seguía el mismo trayecto y llegaba hasta el Paradero N° 18 Lo Ovalle, regreso el mismo.

**LINEA N° 39: Mapocho-Cisterna.**— Lo mismo que anterior y llegaba hasta el Paradero N° 29, desvío Santa Cristina, regreso el mismo de los anteriores.

**LINEA N° 40: San Bernardo.**— Este recorrido al vecino pueblo que fundara Don Domingo Eyzaguirre en 1821, que, como anteriormente dijimos, cuando se inauguró la línea allá en el año 1908, partían desde la memorable esquina de Alameda-Gálvez. Luego estas líneas de San Bernardo en poder de la Compañía de Tracción de Santiago, partían desde las desaparecidas Pérgolas de las Flores, negocios de este ramo que habían en Alameda frente a la antiquísima Iglesia de San Francisco. Entraba por San Diego hacia el Sur por la Gran Avenida, llegando hasta la Plaza de San Bernardo. Pasando este recorrido de tranvía, por el frente de todas las fachadas de los Cuarteles de las Unidades de la Fuerza Aérea de El Bosque.

En su habitual recorrido de estas líneas por la inmensa ban-  
deja de la Gran Avenida, era a veces tedioso y aburridor por las  
continuas esperas en que tenía que hacer y pernoctar en cada uno  
de los varios desvíos que existían ahí, y que por orden hacia el  
Sur eran los siguientes:

Desvío Lo Vial, paradero 9; desvío San Nicolás, paradero 11;  
desvío Atacama, paradero 14; desvío Lo Ovalle, paradero 17; des-  
vío La Blanca, paradero 19; desvío Los Alamos, paradero 21; des-  
vío Cisterna, paradero 25; desvío Santa Cristina, paradero 29;  
desvío Observatorio de Universidad de Chile, paradero 33; des-  
vío Lo Martínez, paradero 37; desvío Santa Marta, paradero 41.

Carros éstos que parecían tanques que rodaban sobre líneas  
férrea, "carrazos" que pasaban su sonajera de fierros, retumban-

tes ruidos, estrepitosos pitazos sonoros, éstos eran muy peculiares en los carros San Bernardo en los tiempos idos ya lejanos. Su paso era todo un espectáculo el paso de ellos por la estrechísima y angosta calle de Gálvez de la Capital, era ésta tan angosta y estrecha, como los pasadizos de los edificios modernos de departamentos del nuevo Santiago.

Estos inconfundibles tranvías eléctricos a San Bernardo, tenían esas tres particularidades muy singulares que carecían los otros tranvías que corrían por la Metrópolis de Santiago. Sus pitazos eran tan estridentes y bulliciosos como sirena de barco. Sus armazones de sus movibles carrocerías parecían Transatlánticos y sus potentes focos eléctricos delanteros eran tradicionales en la Capital. Estos focos delanteros alumbraban en forma tan potentes, cual moderno reflector anti-aéreo actual. Su luz era tan maravillosa que casi a dos cuadras de distancia de él, se podía leer fácilmente al amparo de sus recios destellos tradicionales blanco-morados, que vomitaban su foco central delantero, resguardado éste con un cristal macizo de evidente fabricación germana, de tan recia manufactura que da razón a esa fiel consigna que todo lo alemán es de primera, y que como lema ellos dicen: "Deutschland uber alles" (Alemania sobre todo).

## TITANES DE LA ORATORIA

¿QUÉ SIGNIFICARAN ESAS DOS AA? — Ramón Angel Jara

Se podía afirmar que los "santiaguinos carros", los otros, los que no corrían para San Bernardo, eran primos hermanos de los "maceteados" que partían desde Alameda esquina de la apretada calle Gálvez. Cuyo paradero terminal estaba precisamente frente a un sitio, a una propiedad, a una grande y alta mansión de cuatro pisos, que en pasada época fué famosísima, y que siempre estuvo a su alrededor lleno de inquieto público y enormes masas de ciudadanos que parecían despertaban de la modorra de un largo sueño natural o artificial a la realidad de la época en que se vivía. Fué en los albores de la liquidación Versallesca de la Primera Guerra Mundial, la del 14 al 18, y que el siglo XX parece predestinado a ser el siglo fuerte de todos los tiempos. En ese preciso sitio del

Terminal del sanbernardino tranvía, estaba frente a la alta casa asignada con el N° 1166 de la Alameda de las Delicias. Esta singular casa que después su recuerdo de su ubicación pasó a la historia, constaba, como decíamos, de cuatro pisos. En su revoque de su altura máxima de la cúspide de su fachada, se podían ver desde abajo, desde el suelo, en su frontis dos grandes letras enlazadas una con la otra, eran dos enormes **AA**.

Esa era la casa y domicilio particular de Don Arturo Alessandri Palma. En la época que se conocía con el nombre de la Post-Guerra del 14-18, se reunían frente a esa fachada días enteros, enormes grupos de ciudadanos de ambos sexos cuando fué candidato a la Presidencia de la República apoyado por la Alianza Liberal, el dueño de esa propiedad de Alameda 1166, Don Arturo Alessandri, con la esperanza siquiera de verlo asomar por uno de los numerosos balcones. Fué un ídolo de las muchedumbres que se atropellaban, pisoteaban, se malquistaban uno con otros por pernoctar casi ahí frente a esa maravillosa casa del candidato del dormilón Pueblo, que ahora en el año crucial de 1920 había tenido su despertar del letargo de marmota.

Al venir a cuenta estas dos letras vocales, cabe señalar una anécdota que se corría como cierta, se aseguraba que era verídica, relacionada con el frontis de esa tradicional e histórica casona, hoy ya desaparecida por su majestad la picota, herramienta que simboliza en toda demolición la forma concreta y práctica de ese vocablo: Progreso.

Fué en el año 1905, dos años antes de su muerte, paseaba acompañado de uno de sus dilectos amigos, una mañana primaveral por la amplia, frondosa y verdadera Alameda de las Delicias, don Diego Barros Arana (1830-1907), el genial historiador eruditísimo, autor de la maciza Historia General de Chile, y al enfrentar a esa morada pasado de la calle Gálvez, el historiador miró hacia arriba, y con sus ojos de águila alcanzó a divisar esas dos enormes letras **AA**, una junta a la otra en lo alto del frontis de las elevadas molduras de madera, y dirigiéndose el simpático anciano a su contertulio amigo, mientras se pasaba la mano por su lengua y venerable barba tradicional, y sin despegar la vista hacia arriba, punto culminante, final, del edificio de las dos A, rompió su reposado silencio diciendo.

—A... A..., ¿qué querrá decir esas dos grandes letras A, entrelazadas?, ¿qué significarán?, ¿y quién vivirá ahí?

El amigo no ignoraba que bajo ese techo se albergaba el hogar de ese gran político, que apesar de ser relativamente joven, ya había sido Ministro de Estado el año 1898, recién cumplidos los 30 años en un Gabinete del Presidente don Federico Errázuriz, y que estaba predestinado por su estrella, a tener la más alta figuración política de la nación y ante la historia con el correr de los años. El amigo, mirando asombrado a don Diego, le dijo:

—Ahí vive don Arturo Alessandri...

Entonces el sabio ex 7º Rector de la Universidad de Chile socarronamente, haciéndose ladinamente "el leso", como que no oía el nombre del político a que obedecían esas dos clásicas iniciales, expresó algo como quien da en el clavo, en la precisa acepción a la que buscaba, y como un nuevo ¡Eureka!, dijo:

—¡Ah!, ¡ya sé!, esas dos letras A de allá arriba quieren decir: ¡Ahorros Administrativos! ¡Claro!, ¡eso es! ¡AA! ¡Ahorros Administrativos!

Ya que hablando de este preclaro político, y que de personajes titanes de la improvisación y verba oratoria se refiere, existió un trío chileno de estos personajes, que su fama de príncipes de la elocuencia y maestros de la palabra traspasó los límites de la demarcación fronteriza.

Fueron estos insignes oradores que se señalan por orden alfabético, para evitar innecesaria comparación que pudiera ver suspicacia por el orden que principio a enumerarlos: Arturo Alessandri Palma (1868-1950). Isidoro Errázuriz (1835-1898). Ramón Ángel Jara (1852-1917), y remedando la rara técnica para los títulos que usó Alejandro Dumas, que escribió y contó la historia de aquellos 4 gascones Mosqueteros, y que al ponerle título a ella se "guachapeó y fondeó" uno del número de ellos. Asimismo sucede con este trío, que no es exactamente de tres grandes oradores. Hubo otro gran orador contemporáneo a ellos mismos: don Enrique Mac-Iver (1845-1922), que en cierta ocasión dijo en uno de sus discursos una frase política tan equivocada, que más adelante desmenuzaremos al relatarla. De este trío, humanamente polemizador y "fighter" de la polémica, rayaron casi todos en un mismo plano elevado. Y es curioso consignar que uno de ellos que no era del vestuario civil ni militar, era del Clero, fué el más impetuoso, vehemente e impulsivo. En sus arranques y arengas era el que levantaba silenciosas polvaredas ante el atónito y respetuoso auditorio, que tuvo la dicha y la suerte de escucharle su

filigranescas palabras y floridas frases siempre encendidas que escuchaba todo el mundo en recogido total silencio.

Se llamaba don Ramón Angel Jara Ruz, San Carlos de Ancud; la lejana región del Sur, tuvo el orgullo mucho tiempo de tenerlo como su Obispo; luego La Serena y Valparaíso. Este egregio varón de la improvisación, era el orador de moda en todos los gobiernos, desde don Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876), hasta el gobierno de don Ramón Barros Luco (1910-1915).

En el año 1872, siendo Intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna, se inauguró el bello paseo del Cerro Santa Lucía. Pues el mismo Intendente encargó a un joven de 20 años, estudiante de Leyes, Ramón Angel Jara Ruz, que posteriormente trocaría la toga por el hábito eclesiástico, que pronunciara el discurso de ofrecimiento de ese cerro a la ciudad. Era casi un adolescente, y se le veía ya la fibra de gran orador y eximia elocuencia.

Cuando se inauguró en la capital la Casa de Huérfanos, pronunció una improvisación tan sentida y elocuente que hizo llorar hasta al Presidente Balmaceda y a sus ministros asistentes a ese acto. En visita oficial que salía el Gobierno al interior del país o al extranjero su nombre no podía faltar en la lista de la comitiva. Era el improvisador por excelencia, y un orador de fuste que electrizaba a las masas y a las no masas con sus sendos y finos discursos de la más sutil concepción y belleza del idioma.

Con su sola presencia estaba asegurado de antemano el éxito de cualquier ceremonia, sea esta oficial, civil o religiosa. Pues él les ofrendaría con su verba privilegiada varios instantes de expansión espiritual de sus valiosas palabras.

En Mayo de 1910 el Presidente de Chile, don Pedro Montt Montt, presidió la comitiva extraordinaria chilena a las ceremonias y fiestas del Centenario de la Independencia de la República Argentina, acompañado con sus Ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina. En su ausencia fué reemplazado por el Vicepresidente don Ismael Tocornal. En esa presidencial, selecta e interesante comitiva, también iba el fogoso novel diputado don Arturo Alessandri Palma, y como es de suponer, fué además de "tapadita" el campeón de la palabra, el Obispo de Ancud, no podía faltar en ella. Sería como si les hubiera faltado a los demás caballeros de la delegación en el equipaje... el colero y el chaquet!

Allá en el vecino país en que gobernaba el Presidente José Figueroa Alcorta, fué el Obispo Ramón Angel Jara el mimado de todos, el predilecto del pueblo, y los salones de la alta aristocracia bonaerense se enorgullecían al tenerlo pisándoles sus altas y fibrosas alfombras. El orador-poeta, eclesiástico chileno, en pago de agradecimiento y recuerdo a una fina homenajeadada y especial hospitalidad particularísima a su persona, redactó de su puño y letra en el álbum de tan gentil y señalada hospitalaria señora y gran dama argentina, doña Elisa Alvear de Bosch, una oración de tan hermosa prosa y filial sentido "Boceto a la Madre", que ha quedado esa página indeleble como ejemplo y muestra de respeto a la persona única esa que nos da el ser. Claro que esa joya de elocuencia escrita, la han comercializado ahora ya tanto en todos los tonos y vulgarizado en diversas formas, que casi ha perdido su verdadero original mérito. Fué de él también la idea de erigir un Cristo en la Cordillera de los Andes.

Bueno, la fama de don Ramón Angel Jara como orador era continental. Fué invitado por el Perú oficialmente. Allá en la ciudad de los Virreyes, sucedió un hecho a raíz de esta visita algo digno de contarse. Como decíamos, llegó allá a Lima provisto de ese gran prestigio de gran orador, artífice del idioma castellano. Toda la capital del Perú estaba inquieta. Quería oír cuanto antes a este miembro del clero chileno, que combinaba su teológico sacerdocio con el difícil arte en que sobresalieran Catón, Demóstenes y Sócrates.

Un día se cumplieron sus deseos a los limeños. En la Catedral de Lima iría a resonar en sus arcaicas naves el acento claro de verbosidad de ese Obispo chileno. Las vetustas paredes y ornamentos de esa iglesia peruana iban a captar las ondas y preclaras frases, como encajes florentino en bellos ditirambos del idioma de Cervantes.

Al subir el insigne eclesiástico orador chileno al púlpito, en la iglesia no había "dónde poner un alfiler". Un sepulcral silencio se notaba en el inmenso auditorio, no se oía ni el respirar de una mosca". Todo el público católico y profano no quería perder una sílaba de lo que iría a decir este campeón chileno de la palabra revestido de vestiduras teológicas.

Ya en el púlpito peruano, el Obispo chileno recorría con su vista el inmenso gentío ávido de su discurso, impacientes todos hambrientos del sermón. Después que recorrieron sus ojos y

ron su vista tantas extranjeras caras ansiosas de oír sus frases, principió calmadamente con estas extrañas y sorprendidas palabras:

—“Ustedes, ¡todos ustedes!, ¡son unos ladrones! Sí, ¡unos ladrones!...”

No es para descrita con la pluma el asombro de las caras, el gesto de extrañeza y de sorpresa en las facciones de los reunidos.

Se miraban unos a otros con interrogantes palabras mudas. Algunos dudaban si lo que él había oído lo habría oído toda la iglesia entera. Pero no había duda. Eso había dicho. Los había tratado a todos de ladrones. Algunos se decían sólo para sí: —“Bueno, ¿y es este ofensivo sacerdote el mentado gran orador chileno? ¡Príncipe de la palabra, le dicen por ahí! ¡Pssh!” Y después de hacerle tanto honor y demostrarle tanto cariño nosotros. En nuestras propias barbas, y todavía en la Casa de Dios nos trata de ladrones! ¡Valiente, gentil, orador es éste! Iba cundiendo el malestar segundo a segundo. En todas las naves ya se sentía discutir, y algunos ya comentaban a media voz, molestos varios feligreses contra el Obispo de Ancud. Cuando volvió a hablar don Ramón Angel Jara, continuando y reanudando la plática y el discurso, cuyas primeras frases había dejado lelos, estupefactos y perplejos a todo el auditorio, prosiguió:

—Sí, el que roba una cosa que a él no le pertenece, se llama ladrón, y ustedes, con todo su cariño, demostraciones de fervor a mi humilde persona, me han robado el motor de mi cuerpo: el corazón, ¡sí, señores!, me lo han robado, me lo arrebataron; infinitamente estoy en deuda con ustedes. Me iré yo de Lima, pero me iré sin mi corazón, ese queda aquí, y ustedes me lo arrebataron y será difícil que me lo devuelvan. Llegué aquí al Perú con él, y me voy sin corazón. ¿No se llama eso ser ladrones de corazones, mis queridos peruanos?

Así era en su fogosa verba improvisada ese gran varón que se llamó Ramón Angel Jara. Había nacido el 2 de Agosto de 1852 y falleció el 9 de Mayo de 1917.

Dijimos al principio que hablaríamos especialmente de otro talento de la palabra. Que si bien es cierto Chile ha sido pródigo en estos valores individuales, podemos citar a don Victorino Lastarria, don Abdón Cifuentes y don Carlos Walker Martínez. Pero este a que nos vamos a referir, tuvo un gran error, una especie de “lapsus lingüis”, a pesar de su talento.

Don Enrique Mac-Iver, siendo asambleísta de ese partido que fundaran Manuel Antonio Matta, los hermanos Gallo y varios miembros del Club La Reforma: el Partido Radical. El día 22 de Diciembre de 1903 expresó: "Que en Chile no existía la cuestión social, y que había un verdadero peligro para el Partido en ayudar los movimientos obreros".

Cuando en aquella época, aun nadie se preocupaba seriamente ni a fondo del Pueblo. Todo lo referente a mejoramiento del proletariado, había quedado trunco cuando cesó la derrota de Concón y Placilla, con el sacrificio de Barboza y Alcérreca, tumba gubernamental y política de Balmaceda, primer Jefe de Estado que tomó con cariño y honradez ideas nuevas y mejores medios de vida para el pueblo. Aun no se gestaban sus reivindicaciones. Aunque vale la pena destacar que uno de los líderes de su emancipación posteriormente a esta época, había precisamente obtenido su título de abogado el 23 de Diciembre de 1892, con su Memoria "Habitaciones para Obreros". Y éste era uno de los oradores también aquí nombrados, y que se terció la Banda de O'Higgins más de una vez: don Arturo Alessandri. El mismo que en memorable ocasión en Abril de 1920, al ser nombrado Candidato del Pueblo a la Presidencia de la República, dijo esta histórica frase:

"Yo quiero ser amenaza para los que se alzan contra el espíritu de justicia." El lema de propaganda para esa histórica lucha electoral del año 20 contra don Luis Barros Borgoño fue muy simbólica y recia su concepción: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo." Aseguran que esta frase es de Emilio Castelar, escritor español.

Y como contraste curioso, vale destacar que por eso mismo que se negaba en 1903, de la cuestión Social del Pueblo, llegaba al Poder 35 años más tarde ese Partido, llevando como estandarte y pendón sus peticiones, reivindicaciones y justicia.

Y así fue como cerca de siete lustros después que se dijo esa extraña declaración, un miembro destacado de ese mismo Partido Radical. Precisamente del mismo Partido del Sr. Enrique Mac-Iver, era el militante que se terció la banda de los Presidentes de Chile en Diciembre del año 1938. Cuyo Gobernante del Pueblo, fue elevado al mando por ese mismo que pedía justicia social tanto tiempo exigida. Y fue el primero de los miembros de ese Partido de la clase media y del Pueblo por excelencia, que llegó a ser Presidente de la República de ese mismo Partido, que uno de



sus personeros más prominentes había declarado y dicho 35 años atrás públicamente tan contraria declaración: "Que era peligroso acompañar los movimientos obreros, porque la cuestión social no existía en Chile..."

Y fué esa justamente, la probabilidad de hacer realidad los derechos y justicia de ese Pueblo que hizo el milagro de convertir en Presidente de Chile a un miembro de ese Partido en 1938.

## ¡AÑO 1920! — AÑO CRUCIAL MUNDIAL SU ALTEZA REAL

El candidato con domicilio frente al terminal de los enormes carros San Bernardo, triunfó en la elección para ser Gobernante del país en 1920, sobre su contendor don Luis Barros Borgoño. Triunfo apoteósico que consiguió el Pueblo chileno que ha pasado a la Historia como iniciación y evolución social de insospechados caracteres que la nación antes no tenía.

¡Año 1920!, legendario año 20. Fué en realidad el año de las sorpresas. El año de las reivindicaciones proletarias, de la moda. En fin, conjunto de doce meses que la renovación en todo orden de cosas fué mundial.

Durante ese año nació la moda de usar por primera vez en Chile, el Overalls, prenda de vestir ésta, especial para el trabajo y para... la calle, que después esta misma prenda han dado en llamar: mameluco. A fines de ese año cero, también se inició en Chile oficialmente la semana de cinco días y medio de trabajo en el Comercio. Pues fué precisamente el sábado 6 de Noviembre del año 20, en que principió a regir este llamado día en Chile: ¡Sábado inglés!

¡Año 1920! ¡año 20!, año simbólico y relativamente crucial, de entre su apretadísima cantidad de trescientos y tantos días, sucedieron tantos significativos hechos en nuestro país. Nacimiento de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, valiosa simbólica sierra que ha servido para carcomer poco a poco el inmenso, añoso y grueso árbol del analfabetismo, que tarde caerá, pero caerá definitivamente. Principio de una Era Revolucionaria para el dormido Pueblo trabajador, y aun perennemente inconclusa. Año 20, año de las primeras incursiones en las luchas en el campo Político de los Estudiantes, y que ya no la abandonarían. No se sabe si por testa-

rudez o porque aun no triunfan los ideales que ellos pensaron al intervenir en el teje y maneje de lo que se dice la Cosa Pública. En esas simbólicas batallas idealistas, fué torpe y sádicamente sacrificada, hasta entregar su generosa y joven existencia en aras de libertarias convicciones, el talentoso y joven poeta autor de su inmortal "Miserere": Domingo Gómez Rojas. Encarcelado por "subversivo", apodo que se les daba entonces a todo el que luchara por un ideal de renovación del Pueblo en su sistema económico político y social. Se le tildaba de miembro de la I.W.W., inicial de tres palabras inglesas: INDUSTRIALI WORK WORDL (Trabajadores de la Industria del Mundo), contemporánea organización internacional ésta, que, según decían, trabajaba y bregaba por la felicidad de los trabajadores y proletariado de todo el orbe.

Murió este intelectual idealista en la Cárcel Pública de la Capital ese mismo año renovador, a los 24 años escasos de edad. Difícilmente hubo un intelectual en esos tormentosos tiempos que sintiera tan hondo la cosa del Pueblo como este gran bohemio e inmenso poeta, que cual nuevo Quijote romántico en su ideal noble, se le cortó tan prematura, cruel y torpemente, con premeditación su prometedora vida.

Ese singular año fué también, año del primer evento deportivo Sudamericano en terreno chileno, de atletismo y de fútbol, jugado éste y disputado en la verde gramilla cual alfombra tapizada de suave verdor, que daba el aspecto de una enorme mesa de billar la cancha N° 1 del Valparaíso Sporting Club de Viña del Mar.

Año 20, año de iniciación de suerte y de golpeados triunfos en Chile, que luego serían siendo mundiales, del trasandino pugilista Luis Angel Firpo, "El Toro Salvaje de las Pampas", hasta disputarle con mucha razón la corona al Campeón del Mundo de las trompadas con guantes, el yanqui Jack Dempsey entre los cordeles de un ring el 14 de Septiembre de 1923.

Sí, ese vigésimo año del siglo XX era una macedonia de cosas raras y nuevas en todo sentido, social, político, económico, costumbres, etc. No se escaparon de ella las chicas del bello sexo, no también las envolvió el hálito de evolución y revolución de todo aspecto y en todo sentido que se apreciaba por doquier en año de post-guerra, ¡año 1920! Y en esa época aprovecharon ellas para implantar una audaz y nueva innovación en la moda, y a las damas se les ocurrió una en que dejaban mal parada y en ridículo la frase de fuego de el Filósofo alemán Schopenhauer, quien dijo en cierta

ocasión en relación a las sabrosas exponentes del bello sexo: "La mujer era de ideas cortas y de cabellos largos". Pues bien, ellas aludidas con tan poca galantería del recio pensador germano, tomaron su sutil revancha, y fué así como en 1920 ellas en el mundo entero iniciaron la moda del corte de su pelo, moda que llegó rápidamente a Chile, y que las mujeres de nuestra tierra imitaron con mucho gusto esta importada moda del "corte de melena a la Garzón."

Y por rendir disciplinado tributo ellas a la audaz, temeraria moda de la "melenita" esa, cayeron bajo la voluntaria poda de relucientes tijeras cientos y miles de metros y quizás kilómetros de ensortijados bucles, de primorosas trenzas de cabellos de mujer. A muchas con la "cortá", quedaban con la nuca blanqueándoles casi, ¡pero qué importaba, había que seguir las aguas, pues soplaban vientos de renovación en todo y ellas se renovaban, por lo menos, por la parte que tanto arcaico tiempo estuvo esa parte lleno de un enmarañado bosque de pelo: su cabeza.

Algunas salieron ganando con esta sorpresiva "cortá" de pelo, pero otras... desmerecieron como mujer. Y muchas de ellas con sus nuevas melenitas ahuyentaron a perderse al posible novio, e hicieron alejarse lejos, ¡pero muy lejos!, al disponible varón que las pudo haber sacado del anonimato de las solteras. Quedaron lastimosamente célibes para *Sécula Seculorum*. No tuvieron la alegría de tener un barrabás, mentiroso y trasnochador marido, sí, barrabás, embustero sería; pero marido al fin. No dispusieron de esposo, y ahora se les ve acompañadas de un sumiso can, el Bobby o el Lulú, o en su defecto, criadoras de un majestuoso, roncador, holgazán, dormilón y eunuco gato "arreglado".

Fué así como muchas nucas femeninas desprovistas de lo que era tan femenino y adorno tradicional: sus largos cabellos, tema eterno de inspiración de bardos, vates y poetas, fué la causa y el factor único que muchas mujeres se quedaran para vestir santos, y no sólo para eso, sino que nadie les llevaba el apunte... ni porque... ellas andaban con melenitas a la "garzón"!

Sólo aquellas se conformaban con algo y que por ende les daba aliento, optimismo, y no perdían la esperanza que aun tenían oportunidad magnetizar y atrapar a un escurridísimo novio, y este algo era cuando oían las melódicas notas que salían de una reumática y anticuada fonola, llamadas después Victrola, o de uno de los inmensos aparatos esos con una descomunal especie de gran

corneta que llamaban Fonógrafo. Y de esos inverosímiles artefactos parlantes, salían de ellos las notas y la melodía envasada que de su interior despedía un disco negro que giraba y giraba solapadamente, como con vergüenza de su ridiculez, y salían de su gírtoria calesita el estribillo y melodía que todas las mujeres oían con arrobamiento y que decía así:

Pero hay una...  
 Pero hay una melena...  
 melenita de oro que... es una fortuna  
 la de mi tesoro.

Pero hay una melena...  
 que me vuelve loco  
 y es su melenita  
 su melena de oro...

Entre esos doce apretados meses de ese vigésimo año del siglo en que vivimos, también la tierra chilena fué hoyada por el pie de un verídico, efectivo y legítimo Príncipe Real de carne y hueso. Personaje de sangre azul, miembro de la Casa Real Española de los Borbones, Dinastía Borbónica hoy sólo recordada en las delgaditas hojas de un Diccionario, o brevemente en una sola hoja de Historia Contemporánea.

Al finalizar el año 1920, Santiago tuvo la visita de este Príncipe, Su Alteza Real el Príncipe Fernando de Baviera que venía especialmente a la celebración del 4º Centenario del Descubrimiento del Estrecho de Magallanes. Venía este veraz Príncipe español, acompañado con otro simbólico "Príncipe", pero éste era Príncipe de la oratoria e improvisación, el Académico don José Francos Rodríguez. Esta cualidad del acompañante del Príncipe Fernando, no era raro en la Raza Hispana, ejemplo de ello es incommensurable de tipos titanes de la oratoria y fraseología, como Bretón de los Herreros, Castelar, Maura, etc.

En la Raza Ibérica hasta el más neófito e iletrado, es un genio en potencia para los retruécanos y las salidas oportunas salerosas y graciosísimas.

Con la llegada de este auténtico Príncipe Real de la Corte de Su Majestad Alfonso XIII a la dormilona Capital de ese entonces, consiguió y produjo dos cosas: Que el público santiaguino vio de cerca a un legítimo ejemplar de Príncipe verdadero. Con su uniforme lleno de entorchados, pocas veces visto antes, con su

diversos brillosos y operetescos uniformes de gala, o no de gala. Sirvió también para que nuestras infaltables muchachitas, y maduras mujeres solteronas, pusieran a soñar su célibe corazón, siempre hambriento, sediento de cariño y afanoso de ilusión de esperar tanto al soñado Príncipe que han dado en llamar: Azul.

Ellas, ricas o pobres, entradas en carnes o enjutas de cuerpos, jóvenes y maduras, gordas y flacas, les dió, sin querer, a todas las herederas de nuestra madre Eva, un vuelco en su corazón a todas por igual ante la cercanía de este apuesto y fidedigno Príncipe. Y cuando aquellas, las que disponían de ciertas comodidades, y sus blancas manos recorrían las teclas de sus pianos tocando el dulce vals del compositor mejicano Juventino Rosas: "Sobre las Olas", su imaginación las trasladaba a los brazos del visitante Príncipe. Las otras, las que no disponían de ese maravilloso instrumento musical y carísimo, no les iban en zaga, ¡porqué, pues, si también eran mujeres! No tendrían las comodidades económicas soñadas igual que sus otras hermanas de sexos y colegas en admiradoras de los varones. No serían los que el modernismo de ahora han dado en bautizar de: Las Pitucas, pero soñaron igual en ese lejano año 20, con ese arrogante y esbelto Príncipe Fernando de Babiera al compás de la canción popular de moda ese año: "El que a hierro mata a hierro muere."

Y muchas muchachas pobretonas, alimentaron la dulce ilusión que el "Príncipe" se podía prender de ella si la viera y, tal vez, se la llevaría con él, lejos, ¡muy lejos! Esto en sus juveniles cabezitas lo concebían realizable, mientras tarareaban el estribillo pegajoso callejero de la canción de actualidad que decía así:

Poco tiempo después de dejarme  
Yo pude enterarme que fuistes burlado  
Pues la otra que luego has querido  
Traidora te ha sido y huyó de tu lado  
Las iras de Dios desatan  
A aquel que a traición nos hiere  
Ya sabes que el que a hierro mata  
Ya sabes que a hierrooooo... muereeee

Y así tarareaban mecánicamente estos aires de cuplé muy en boga, y que hacía furor en ese loco año 20 entre toda la juventud. Las muchachas de la clase media y hasta las de la siguiente escalonadas más abajo en el standard de vida, afirmadas ellas en el umbral de las modestas puertas de sus casas en los

atardeceres, repetían muy suavemente esos estribillos tan de moda. Pero inconsciente e inevitable, sus pensamientos y el espíritu de sus almas volaban a insospechadas velocidades, cuyo nombre específico actual, era en ese entonces desconocido en el vulgar lenguaje, el vocablo ese de: Supersónica, al lado de ese tan mentado Príncipe de leyenda, que no era éste uno de esos Príncipes de utilería de Zarzuela o de Opereta de Franz Lehár, sino que ese era un legítimo de carne y hueso, y que se llamaba Príncipe Fernando, el cual respiraba en esas noches lejanas el mismo aire de Santiago, ¡el mismo oxígeno que aspiraban todas ellas!

Al conjuro de la inefable fantasía soñaron colectivamente todas las santiaguinas, todas, todas, ese año con el bendito Principito ese de fugaz tránsito en Santiago. Y todas las mujeres por iguales, soñaron cual nuevas Cenicientas del siglo XX, lo mismo la señorita cursi con residencia en la Avenida Brasil, o la realmente rica domiciliada en la calle Moneda o en la de Las Agustinas, como la modesta muchacha que prosaicamente vivía en una diminuta casita en proletario cité de la calle Ñuble del barrio Matadero.

Todas concibieron por iguales que ellas podrían llegar a ser Princesas. ¡Había ahora una probabilidad, podía ser esto posible, ser realizable, ahora que este promisorio e inalcanzable Príncipe estaba tan cerca!, ¡casi a sus manos! El Príncipe estaba alojado en la quinta cuadra de la aristocrática calle Dieciocho de la Capital, en el lujoso Palacio Cousiño. Y todas las mujeres chilenas contemporáneas a la visita del Infante don Fernando de Baviera, se quedaban todas las noches dormidas al suave conjuro de la libertad de la ilusión, en que acaso toditas ellas al despertar al nuevo día, podían tal vez despertar siendo una Real Princesa de tomo y lomo. ¡total!... ¡soñar cuesta tan poco!... ¿Y qué muchacha o madura mujer que respire encima de este planeta, no soñó, o aun no sueña con algún real Príncipe alguna vez? Aunque estos sean ya tan escasos como la paz sobre la tierra. Héroes sentimentales de ellas, que del color que sean, nunca vendrán ni jamás lo verán. ¡Pero a este... si que llegó y anduvieron paseando sus reales pies por el empedrado y adoquinado arcaico de las soñolientas dormilonas y tranquilísimas calles de ese bonachón Santiago de Chile de 1920! Claro que después vinieron otros iguales Príncipes Reales a la Capital: Humberto de Savoya en 1924 y Eduardo Windsor, Príncipe de Gales en 1925, el mismo que 11 años más tarde renunciaría a ser Rey de Inglaterra, por el amor de una mujer.

Fué en ese paradero tranviario San Bernardo, el más melodioso paradero, el más musical tal vez del mundo entero. Pues, los carros llegaban, se estacionaban y partían con música. Era una melodía pegajosa, inevitable. Era la fanfarria de aires de fiestas. Desde ese preciso punto del paradero que ya relatamos, cantaban con eufórico entusiasmo, sin importarles un pito las condiciones vocales de cada uno si eran desafinadas o no, la melodía del estribillo pueril e inocentón de ese aire popular: "El Cielito Lindo", que lo cantaban con una constancia de llanto de guagua hambrienta. La letra de esa canción llegó a ser una moda, fiebre, casi locura. Pues los tímpanos contemporáneos de ese año del reinado del Cielito Lindo, aun los deben tener resentidos, y no deben olvidar jamás esos sonos que decían y se cantaban un millón de veces al día por las calles:

¡Si ay ay ay!  
 Canta y no llores  
 Acuérdate que Alessandri  
 Cielito lindo  
 ¡Te bajará el moño!

Sumergidos con esta casta letra de este estribillo con política melodía aquella, se empapaban las recias carrocerías de estos heroicos y desaparecidos tranvías.

Todo eso era real y efectivo. Todo tan cierto esto, pero que ya todo eso pasó y se fué. Como se fué también aquella época de amplios vestidos ruedudos, el uso del quitasol, de la sombrilla, del negro manto de seda, sombreros femeninos con bosques de plumas, infinidades de severos y negrísimos tongos, bastones de variedades y dimensiones, larguísimos respetables bigotes y mostachos varoniles, época de salones de espesos muros, de quedos zaguanes, cual un sueño existió, y que ya el tiempo derrotó, y se esfumó... Y a pesar de esto, sigue siendo el tiempo el símbolo inestable de lo eterno.

## LOS COLONOS TOLSTOYANOS DE SAN BERNARDO

En aquellos carros a San Bernardo solían viajar a veces muchos intelectuales chilenos, insignes bohemios de la época, de interesante nombrandía posteriormente en el conglomerados de escritores nacionales. Viajaban ahí con toda seguridad en esos

tradicionales vehículos inmensos que se dirigían al cercano pueblo que fundara don Domingo Eyzaguirre en 1821, comparsa de fogozos e idealistas literatos, poetas y amigos de las musas, que en San Bernardo se habían instalado y relegado voluntariamente ellos mismos, en pos de un ideal extraño y nuevo para la época, como imitando el destierro voluntario que efectuó en su Patria el escritor ruso, Conde León Tolstoy (1828-1910), que abandonó todas sus regalías de la ciudad, familia, posición, y se desterró de motu proprio al campo, a las estepas desoladas el año 1909, como una demostración de agravio, desaire, rebeldía e inconformidad, y no comulgar con la injusticia que se le hacía al pueblo ruso, y no estar de acuerdo con la vida y costumbres fastuosas imperante de la aristocracia y nobleza prepotente, altanera, en contrapunto e impermeable y frío desdén, con la miseria y penalidades del pueblo. Y el genial autor de "La Guerra y la Paz" y "Anna Karenina", en ese estrambótico deseo encontró la muerte. Aquí en Chile encontró eco su acción y capricho, e hizo escuela y brotaron los émulos de su rara y extravagante obsesión. Y estos discípulos de tan lejana idea de ese genio ruso del pensamiento, que además de tener el título noble de Conde, también esgrimía y manejaba muy bien la pluma para relatar los inmensos misterios del alma humana, igual que otros de sus conocidísimos escritores connacionales, y esa fué la razón que un grupo de diez chilenos artistas e intelectuales la mayoría, fundaron en el vecino pueblo de San Bernardo, en días contemporáneos a los del Conde ruso aquel, una llamada Colonia Tolstoyana. Entre aquel grupo de singulares bohemios de la intelectualidad chilena, estaban entre otros: Augusto d'Ha'mar, Fernando Santiván, Pedro Prado, Magallanes Moure, etc. Casi todos estos extraños idealistas grandes escritores, obtuvieron posteriormente los Premios Nacionales de Literatura.

Como decíamos al principio, todos estos "colonos" voluntarios que se desterraron ellos solos, que se "relegaron" ellos mismos a esa tal Colonia, viajaban continuamente en estos grandes tranvías San Bernardo en viaje desde Santiago, a su voluntario idealista "destierro" de aquella "nacional Colonia Tolstoyana" cerca a sólo 18 kilómetros del centro del Santiago del Nuevo Extremo...

En estos recorridos a esas comunas vecinas de Cisternas y San Bernardo, viajaban infinidades de militares, aviadores de la Escuela de Aviación del Capitán Avalos, fundada en ese sitio en el año 1914, bajo el Gobierno del Presidente don Ramón Barros Luco.



Que la deben haber fundado con no mucho optimismo por lo exiguo del "material" existente, y por la aún fresca catástrofe y primera desgracia aeronáutica chilena, que sólo un año antes nada más había ocurrido. La caída trágica al río Bío Bío y la muerte del primer aviador chileno que sucumbía en esta nueva arma y vehículo de transporte, Luis Acevedo, teniendo él, el triste honor de ser el iniciador de los que como un nuevo Icaro moderno, caen abatidos desde lo alto entre los que volarían bajo el cielo de Chile. Acevedo cayó en la travesía de ese río, un día domingo 13 de Abril de 1913.

Estos carros, tiempo ha, tuvieron mucho auge y movimiento de alegre, juvenil y eufórica clientela mixta los días festivos, por sus innumerables Quintas de Recreo con bailes, en que las anatomías de las parejas se movían al compás del pentágono de una Orquesta con apelativo de Típica o de Jazz, y para endulzar más el interés, presentaban números vivos de variedades de un marcado singular interés. Arrancándole con esta similar política, la Comuna de San Miguel y La Cisterna, el privilegio que tenía de muchísimos años antes para esta clase de espectáculos y diversiones populares la Comuna de Ñuñoa. Que aquellos lugares con sus arcaicas y casi antidiluvianas Quintas de Recreo, ubicada en la no menos antiquísima Avenida Ossa en Tobalaba, fueron las precursoras de tales jiros de negocio en la Capital. Hoy éstas, están un poco derrotadas por las nuevas rivales que le han salido al frente con nombres importados: Boite, Colmao y Dancing Room.

Como cosa curiosísima de este recorrido hacia San Bernardo, era que se llamaba pomposamente "Ferrocarril Eléctrico". También había diferencia para los pasajeros que eran de "primera" y los otros que no lo eran, y para salvar ese delicado escollo estaban los carros imperiales de 2º piso, los cuales en Verano eran tan apetecidos, que parecía que todo el mundo en esa época quería y exigía ser tomado por pasajero de... ¡segunda clase!, ¡para así hacer todo el viaje encumbrado a todo viento, en el fresco 2º piso de la Imperial del tranvía!

Este raro carro San Bernardo, de Alameda partía hacia el Sur por esa callejuela angostísima de Gálvez, que a pesar que era tan estrecha, como callejón parisiense de escenario de alguna novela de folletín del siglo XIX, correteaban por ahí para arriba y para abajo, los inmensos tranvías San Bernardo, llenando casi completamente la callejuela con sus voluminosas carrocerías que estaban

en un tris al pasar de topar de pared a pared. Algunos exagerados decían que habían en Gálvez cuerdas, en que no se podía abrir un paragua por lo estrecho de la calle.

En esta calle de Gálvez, la línea también tenía desvío de cruce para esperarse los carros uno a otro, en su marcha al Sur o al Norte. Había uno cerca de la calle Eleuterio Ramírez, otro frente a la viejísima Plaza de Almagro, y uno más entre las calles de Coquimbo y Aconcagua, luego seguía por la misma calle Gálvez al Sur hasta Pedro Lagos, doblando hacia Nataniel, Franklin, y de ahí a la Gran Avenida. Después estos armatostés de tranvías pasaron a engrosar la plana mayor de una sola y gran unida familia tranviaria santiaguina, sin discriminaciones por el color, carrocería, valor del pasaje, o extraño y estrambótico personal.

### LOS TRES TIPOS CARACTERISTICOS DEL SANTIAGO DEL AYER: EL TRANVIARIO, EL GUARDIAN Y EL TORTILLERO. — CURIOSA CAMPANA DE BRONCE

Si hay un gremio que laboraba en la capital del país, con exceso de sacrificio, silencio y humildemente, sin exigir nunca nada en demasía, en retribución como equivaldría a sus desvelos y esfuerzos por él gastado, uno de ellos era el de los Tranviarios de ambos sexos.

Claro que habían otros gremios casi cercanos al sacrificio de ellos, pero eran mejor recompensados al fin de cuentas, y no eran tan mal mirados! Y cualquiera nueva medida que implantaba tal o cual supermandarum de la Empresa, fuera éste de la primitiva alemana, yanqui o nacional, siempre reaccionaba el público con razón o sin ella, contra el personal, haciendo en ellos el blanco de su incomodidad y fastidio, y por esta causa los personales de Inspectores, Maquinistas y Cobradores, eran los representantes directos de la Empresa en la calle. Pues bien, ellos eran también los que en la calle recibían las bofetadas por ella. Pero ellos las recibían heroicamente, sin inmutarse, y seguían laborando indiferentemente, impermeable a todo asomo de una natural rebeldía y justa reacción, porque ellos sabían que... el público siempre tiene la razón... de... reclamar algo!

Pues bien, los primeros tranvías eléctricos que corrieron por las dormilonas calles de la capital, dos lustros antes del primer

centenario de nuestra Independencia, tuvieron tan poca y nada de comodidad para su personal. Sobre todo en la fría temporada de invierno, que parecían refrigeradores con ruedas que se anticiparon a la época. Pero aún más era para el que los hacía andar, el maquinista. Este desdichado funcionario conductor, en los días de lluvia manejaba su tradicional carro traqueteando éste, corría por las plácidas calles santiaguinas... ¡con toda la plataforma delantera al descubierto!, ¡sin vidrios, sin parabrisas!, ¡ni alero alguno para resguardarse de la tupida lluvia! ¡o del penetrante frío que traspasaba como filo de cuchillo!

El maquinista de esos arcaicos, remotos e inveterados tranvías de esos candorosos tiempos era un héroe anónimo. Época pasada de la moda del vestido larguísimo, del reinado femenino con moño como carretilla sobre sus cabezas. Antiguos días, pero no muy antiguos, en que ya se iba de retirada ese elegante ornamento femenino: el polizón, iba en evidente alejamiento de la tradicional parte de atrás de los vestidos de las damas. Época feliz del imprescindible uso del negrísimo manto de velo en la fachada de la elegancia femenina. Estos heroicos y desaparecidos funcionarios abnegadísimos, conductores de tranvías, de aquella época también fenecida, eran ellos émulos de sacrificio, de otro espécimen del sumum de la abnegación: el antiguo policía, o como se le conocía: el Guardián de punto. Eran hermanados entre sí ellos por la similitud de la función heroica que desempeñaban en sus tareas de servicio, en bien de la indiferente colectividad de la capital. A estos dos personajes típicos de la visión del Santiago antiguo, les faltaba algo para hacer un trío tradicional: "el tercer hombre", y éste no podía ser otro, y que también debe figurar en el museo del folklore nacional, y uno de los viejos tipos tradicionales antiguos prístinos, que pasaron por la capital, y que ahora ya pertenecen al pasado, y este evidente "tercer hombre" era el antiguo tortillero nocturno. Singular tipo, muy común al principio de este siglo, que el pregón de su humilde mercancía que hacía por las tranquilísimas calles de Santiago después de las nueve de la noche, era tradicionalísima en todos los barrios del viejo Santiago, en las frías y oscuras noches de la capital.

El tortillero era un audaz comerciante nocturno. Exponía su vida noche a noche, tras la utilidad aventurera de unos centavos y a veces unos escasos pesos. Trocando en dinero una tortilla de rescoldo hecha en casa, o la venta de un producto de aves de co-

rral, el huevo, comerciándolo éste ya cocido a punto de sacarle la cáscara, echarle unos granitos de sal, que también entraba en el valor de su precio, y comerlo. Pero lo más curioso y singular de este arriesgadísimo vendedor noctámbulo de tortillas, era su conocidísimo y lastimero grito, o pregón de publicidad muy peculiar que poseía. Al sentirse su tradicional grito, que como anticipadas ondas sonoras recorría calles y calles, barrios y más barrios, todo el mundo que las captaba por sus oídos, decía en el acto: —¡Uy!, que es tarde ya! ¡si ya viene el tortillero por ahí! Con esto querían dar a entender, que si ya había salido a su negocio el hombre de las tortillas con su mercancía a las desoladas calles, era porque era más de la media noche, y a esa hora se consideraba ¡muy tarde para estar en pie!

Al conjuro mágico de su inimitable pregón el tortillero parece que hacía el milagro invisible, cual nuevo brujo, de hacer andar más a prisa, más ligero, las manecillas en las esferas de todos los relojes de aquellos buenos y candorosos santiaguinos. Parece que se adelantaban estos instrumentos de precisión en varias horas al oír o sentir uno solo de los gritos del tortillero nocturno. Pues quien oía a lo lejos en las largas noches de inviernos sus conocidísimos clásicos pregones y gritos como lamentos cuando resonaban lastimosamente así: ¡Tortilla y güeos cociooo! ¡Tortilla güenaaa!, ¡tillaaa güenaaa!, ¡tiiillaaa güenaaa!, ¡tilla y güeooo!, no podían jamás nunca dejar de exclamar al sentir esos gritos originálísimos: —¡Áve María Purísima!, ¡qué es tarde ya por Dios!, ¡si anda el tortillero con su pregón por ahí ya!

Estos tres personajes pretéritos, que parecen arrancados al reparto de una vieja zarzuela u opereta criolla, fueron igualmente contemporáneos a los viejos carros imperiales y a los varones de nuestra tierra, que vestían pantalón ajustado a la pierna, polainas encima de sus acharolados botines, afianzados éstos con redonditos botones, de bigotazos típicos de hombre entrado ya en vereda, con su infaltable y grave sombrero hongo o galera, más conocido por todo el mundo vulgarmente por tongo. Implemento de elegancia masculina, que tapaba a veces pobres cabezas de infimos hombres, que a pesar de esta pequeña cualidad, usaban bastón, como cual patente de una visible cualidad de buen burgués que se precia de "chic" y... ¡con ánimo de ser diferente de los demás!

En aquella época ser maquinista tranviario era sinónimo de heroicidad y valentía. Su labor era muy sufrida y agotadora. En

los días de lluvia para no mojarse en extremo, tenían que apelar a trabajar con un solo brazo el manejo de las manivelas y su palanca de frenos, que en ésta, como curiosidad, llevaban arriba de ellas mismas la tradicional campana de alarma, que al hacerla tocar el conductor, salían de ellas melodiosos sonidos de la hermosa y bronceada campana. Que, como dijimos, venía ésta engarzada en la misma manual palanca, que frenaba por medio de escondidas cadenas las rodantes ruedas del antiguo tranvía. Pues bien, todos estos menesteres hacia ese extraordinario y silencioso hombre-maquinista, en día de lluvia, con un solo brazo y una sola mano, con el otro... ¡sostenía su particular paraguas, para no mojarse como sopa!

Si esto que parecía increíble, risible e inhumano, digno de penitencia del Tribunal del Santo Oficio, ¡fué efectivo y verídico que pasó! Tiempo después la "Empresa", tomó recién la medida de resguardar la integridad física de sus colaboradores. No sin antes ésta haber sido el producto de peticiones y acto de dejar botados los carros en plenas calles de Santiago, como aconteció en el mes de Julio de 1921, que a una hora premeditada todos los tranvías quedaron abandonados en medio de las calles de la capital. Su personal de maquinistas, cobradoras y cobradores, huyeron y los dejaron "botados" cual trastos viejos. Y como diría un hípico: se echaron "pa'atrás" maquinistas y cobradores, y como iban en "corral", abandonaron juntos la pista pesada antes que los "encajonaran" y los "sancionara" el "Juez de llegada"...

Costó mucho ruido y mucha zalagarda, para que las autoridades de la Cía. recién se dieran cuenta que sus colaboradores humildes de plataforma, también eran de carne y huesos. Y en ese sorpresivo descubrimiento optaron por ponerle adelante de los tranvías un sencillo y risible alero de... ¡género! para capear la lluvia, ¡y vidrios?, ¡parabrisas?, ¡de eso?, ¡nada!

Parece que estos desdichados, pobres y desesperados conductores de los carros de la capital hubieran sido ellos los humanos conejillos de Indias de experimento, para probar en ellos la fortaleza de la resistencia física humana, antes de caer fulminados por una grippe. Enfermedad que en esos años del curso de la Guerra Mundial del 14, se le conocía por Influencia española, curioso nombre éste. Cuyo foco de origen decían era la Madre Patria, y que ella, como buena madre, la había repartido benignamente a todos sus "hijos" y nietos. También podían enfermar a

raíz de la exposición permanente al frío y a la lluvia los maquinistas, de una mortal bronconeumonía, ya que su específico trabajo era estar todo el santo día en contra el viento, contra la lluvia, contra las posibles nevazones, contra la neblina, contra el transminante frío. En fin, recibir de frente todo el día la inclemencia total del inmenso surtido de los factores del invierno. Claro que con tan visible poca comodidad para su labor de maquinista tranviario, estos hombres tenían muy buen derecho adquirido de ser en el futuro y a corto plazo un seguro arrendador de un nicho temporal en un muro de piedra, o quizás en el muro de ladrillos, en la conocida Chacra de los Ñatos, nombre popular que se le da al Cementerio, en razón de que el que llega ahí, al poco tiempo de su posición soñolienta horizontal, se le transforma su digna y respetada calavera en algo carente de ese apéndice por el cual se hizo célebre y fué conocido el gran Cirano de Bergérac. Ahí en ese sitio, reunión imprescindible de todos, quedan al poco tiempo todos iguales: ¡todos ñatos!

Ahora nos vamos a preocupar de una parte de la carrocería de esos viejos tranvías, que era la parte más simpática y melodiosa de todo su cuerpo mecánico: la campana de alarma. Era una original campana, que llevaba como un sombrero colocado encima de todas las palancas de los frenos. Colocadas éstas en la parte delantera de las plataformas del tranvía, en el lugar que iba su conductor. Era de bronce, de un bronce que relucía como un rival del metal precioso, el oro. Su sonido no lo era menos, era algo suave y dulce.

Pues esos carros antiguos carecían de un moderno sonido de alarma en el piso del tranvía, que los pudieran hacer sonar sólo con el pie, dándoles tacazos descomunales el maquinista a la cabeza sobresaliente de un perno, el cual al ser golpeado, éste a su vez, iba a pegar sin lástima por abajo a una especie de plato de metal, al cual al martillararlo con el recio golpe, nacían sonoros sonidos bulliciosos de alarma, para con ellos apartar a despreocupados transeúntes del camino de su vía, de la cual muchos habían tomado como si fuera ese el pasillo de su casa.

La campana aquella luego fué retirada del servicio, formando parte en los estantes y anaqueles del museo simbólico de los innumerables artefactos que han sido y fueron alguna vez necesarios ornamentos y herramientas de los medios de transportes de la modernización de la capital. Así fué como fueron a parar esas legendarias

rias campanas al olvido, como las famosas "parrillas salvavidas", que llevaban todos los carros por la parte delantera. Era una especie de gran parrilla que pretendía ser un aparato mecánico, destinado a evitar que cuerpos humanos fueran tragados por las pesadas ruedas de esos mismos vehículos. Era una rejilla de delgadas varillas verticales de fierro, que al hacer contacto con el posible bulto o persona tendida en la vía férrea, ésta se bajaba en el acto automáticamente, y se salvaba el bulto, o en la mayoría de las veces la desdichada persona esa quedaba... como bulto.

Como decíamos, esas dulcísimas bronceadas campanas de alarmas de los primeros tranvías con Imperiales, fueron tradicionales sus melodiosos sonidos en el ambiente del viejo Santiago que ya se fué. Parecía que el maquinista que hacía tocar y sonar su badajo, les daba exprofeso un ritmo muy musical, de una concepción muy singular y especialísima.

Podía acontecer que el conductor del tranvía, hombre sencillo y muy modesto, ignorara por completo las nociones más elementales de lo que era o se entendía por música. Podía ser un neófito en cuanto a las notas musicales. No saber que era corchea o una semi corchea. Ni saber un pito de el significado de una fusa o semifusa. Ser un ignorante completo de lo que era un Andante, o saber que era un Alegretto. Podían estos maquinistas no saber ni distinguir una Rapsodia a una introducción de una Opera. Ni comprender quien fué Santa Cecilia. No saber que era un Fá menor o un Fá mayor en el significado del arte musical. Ni tener remota idea lo que significaba la acepción de la palabra Solfeo. Pero así y todo, ellos sin saber nada de eso, poseían un extraordinario oído musical muy desarrollado, y una ejecución portentosa en sus dedos. Porque todos esos maquinistas tranviarios eran tal vez, músicos didácticos en potencia. Porque para hacer tocar ese instrumento campanil. ¡No había nadie como ellos! ¡Eran unos ignorados virtuosos en arrancarles bellos tonos a esa bronceada campana! Y a pesar de eso, tal vez ignoraran por completo ellos, qué actividad o labor desarrollaron en su paso por la tierra un tal sordo de Bonn, apellidado Beethoven, un Listz, y qué fué lo que hizo Schuman, Sarazate o de Falla. Igualmente ni sabían en que se destacaron Rubinstein o el precoz chiquillo alemán que se llamó Wolfgang Amadeo Mozart, compositor de un famoso Requiem, compositor éste, que a la temprana edad de cuatro años, en que los chiquillos todavía andan pegado a las pretinas de sus madres,

componía musicales Minuetos, siendo la admiración de la Europa entera, fué protegido de la desdichada reina María Antonieta. Y el Papa Clemente XIV le nombró a este genio de muchachito, Caballero de la Espuela de Oro. Bien, estos conductores sencillos de tranvías de Santiago, podían ser unos solemnes profanos y legos en el arte que hizo célebre a ese titán, el teutón Ricardo Wagner. Y escapaba a sus conocimientos en que escala del orden de la música se catalogaban al clásico ruso Tschaikowsky. Si, pero eso no era obstáculo para que estos hombres tocaran la campana de alarma tranviaria, como un nuevo instrumento musical. Tocándola ésta, como un virtuoso músico consumado, la hacían hablar, si, eran varios los maquinistas de aquella época que efectuaban este milagro. Tal vez eran ellos, sin saber, músicos frustados en oficios diferentes a su real y verídica vocación.

Porque estos modestos y discretos conductores de tranvías santiaguinos, cuando sus rudas manos tocaban con sus hábiles dedos, el badajo de aquella bronceada campana de alarma, para avisar o alejar un posible peligro, o... por pura propia diversión del mismo, les arrancaban a ellas sutiles y rítmicos sonos melodiosos. Que quién y quiénes los oían, o tuvieran la ocasión de escucharlos, estaban todos de acuerdos que esa inmóvil e inanimada campana bronceada, hablaba con sonidos. Pues así era, al conjuro de los sonidos que le arrancaban esas manos callosas de esos legendarios maquinistas, salían unos sonos al aire que clarísimos se oían así:

¡Tan ta ra ta ta tan!

¡Tan ta ra ta ta tan!

Sonos que decían clarito, una frase que muy luego después se hizo famosa y popular, como un pegajoso estribillo que coreaban por las calles chicos y grandes, que se les pegaba inconscientemente a los labios de todos y que la coreaban así al sentir los sonos de la campana:

¡Toma la canasta del pan!

¡Toma la canasta del pan!

Por eso que cuando la aproximidad de un tranvía se anunciaba con el campanazo tradicional, más de a'guno, por no decir todos, coreaban en silencio en su subconsciente todos los santiaguinos contemporáneos a esas idas campanas, al oír esos sonidos singularísimos acompañados con esos toques melodiosos cuando sonaban así:



¡Tan ta ra ta ta tan!  
¡Toma la canasta del pan!  
¡Tan ta ra ta ta tan!  
¡Toma la canasta del pan!

## LAS COBRADORAS — SU ORIGEN — VIDA — CARACTERISTICA Y FIN

Las Cobradoras dejaron de laborar en la Empresa después de 57 años de estar encumbradas en la plataforma de un tranvía. Sus figuras eran tradicionales en la capital del Nuevo Extremo. Sus figuras coquetamente uniformadas, eran familiar por las calles donde transitaran los tranvías. Se extinguieron después de más de 11 lustros de heroicos y sufridos años arriba de una plataforma de un carro, vendiéndole los pasajes a tres generaciones de santiaguinos, que ocupaban los no muy cómodos ni de muy hermosas líneas sus carrocerías, los tranvías de la Empresa de Tracción de Santiago. Pero justificaban su cometido estos arriesgados vehículos a que estaban destinados, a movilizar de un punto a otro de la capital a los cansados y fatigados pasajeros que con gusto, simpatía y confianza los tomaban.

Este gremio de ignoradas amazonas en el puesto de sacrificadas Cobradoras de Tranvías, merecen no una simple glosa, sino un capítulo inmensamente largo, extenso, para explicar, señalar y dar a luz a los que no tuvieron la oportunidad de verlas ni conocerlas en sus hidalgos puestos. Llegaron a ser una excepción en el Continente y sus figuras eran características novedosas para el ojo del viajero turista, asombrados por la liberalidad de la función de estas mujeres Cobradoras. Al visitar y admirar Santiago, tenían mucho que hacer con ellas. Según cuenta Archivero de "El Mercurio", una escritora yanqui María Róbinson Wrigt, que se paseó por el soñoliento Santiago de aquel tiempo, publicó un libro en 1905 con sus impresiones sobre sus andanzas en Chile con muchas fotografías. Pero las que acapararon más su interés y atención, fueron estas esforzadas Cobradoras de los tranvías urbanos, y relataba ella en su voluminoso libro, que estas humildes y valientes mujeres para la movilización general que se efectuó en Chile para la Guerra del Pacífico de 1879 a 1881, habían ocupado el